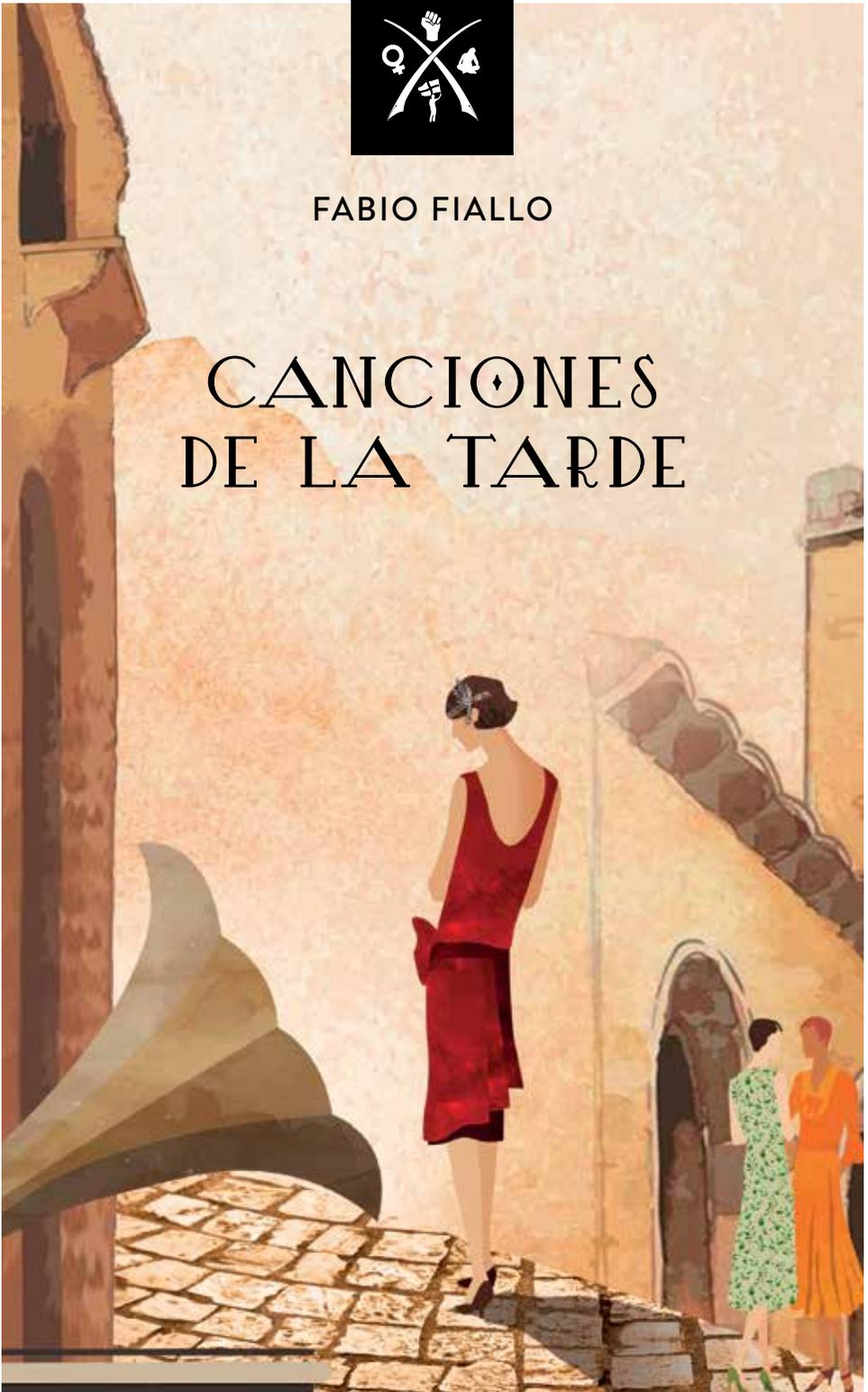




FABIO FIALLO

CANCIONES DE LA TARDE



«**Fabio Federico Fiallo Cabral** (Santo Domingo, 1866-La Habana, 1942) ha sido una figura importante en la literatura y la cultura dominicana debido a su obra literaria (su poesía en particular), su labor diplomática y su ferviente defensa de la identidad nacional, como bien puede confirmarse en su diario íntimo de 1921...

»En el ámbito de las letras se distinguió como poeta, ensayista y cuentista. Es considerado uno de los grandes escritores dominicanos del siglo XIX y principios del siglo XX. Según Fernández & Tamara, “Fabio Fiallo es seguramente el mejor de los poetas eróticos que ha dado la República Dominicana” [...] Su poesía lírica escrita desde la intimidad se distingue por un exquisito uso de la lengua y un uso de dispositivos de sonidos propios de su estilo. Su esmerada aplicación de sonidos y silencios culmina en un ritmo armonioso que le provee el movimiento de un ruiseñor en vuelo».

En *Canciones de la tarde* «El poeta abarca los temas fundamentales del mundo poético local e internacional, pero a pesar de su ardor patriótico priman los poemas de contenidos amorosos y galantes impregnados de un erotismo sutil».

Ofelia Berrido

Fabio Fiallo, poeta y narrador, sobresalió en el siglo XIX y es recordado como uno de los principales líricos de la literatura nacional, fino cultor de la poesía amorosa y erótica.

También fue muy conocido como político y funcionario del Estado. Se destacó por su oposición a la intervención norteamericana del 1916 al 1924, por lo cual fue encarcelado.

CANCIONES DE LA TARDE

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesoral

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

FABIO FIALLO



CANCIONES DE
LA TARDE

PRÓLOGO DE OFELIA BERRIDO

CANCIONES DE LA TARDE | Fabio Fiallo

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Vivian Jiménez

ISBN 978-9945-639-40-7

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación	9
Prólogo	11
Fabio Fiallo Ricardo Pérez Alfonseca	31
Fabio Fiallo Francisco Villaespesa	33
A Fabio Fiallo Rubén Darío	37

LAS FLECHAS DE EROS

Yo seré de tu séquito	41
Sombra de tu sombra	43
Tras la sutil emboscada	45
Seducción	49
¡Quién fuera tu espejo!	51
Ella es una lira	53
Flor de sangre	55
Plegaria	57
Contra un mármol	59
Pierrot	61

EL CINTO DE VENUS

Gólgota rosa	65
Era una tarde	67
Lis de Francia	69
Mi prisión	71
Media Luna (Balada)	73
¡Oh, mano, semejante a blanca flor!	77

LA RUECA DE ONFALIA

Las campanas repican gloria.....	81
Las rosas de mi rosal.....	83
De sobremesa.....	87
Disputa.....	91
Oblación.....	93
El mensaje.....	95
Jardín de primavera.....	97
Su imagen.....	99
Los tres fantasmas.....	101

LA FLAUTA DE PAN

Esquiva.....	105
Plenilunio.....	107
Perfume.....	109
Terina.....	111
Y una voz dirá tu nombre.....	113
Sándalo.....	115
Tras sus huellas.....	117
Plática de estrellas.....	119
Impaciencia.....	121
Fabio Fiallo.....	123
Biografía de Fabio Fiallo.....	131

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Gratereaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



«Canciones de la tarde», de Fabio Fiallo

Por Ofelia Berrido

Fabio Federico Fiallo Cabral (Santo Domingo, 1866 – La Habana, 1942) ha sido una figura importante en la literatura y la cultura dominicana debido a su obra literaria (la poesía en particular), su labor diplomática y su ferviente defensa de la identidad nacional, como bien puede confirmarse en su diario íntimo de 1921 (original en manos de la familia Fiallo). Sus discursos y acciones de resistencia junto a otros intelectuales locales frente a la invasión norteamericana terminaron en su apresamiento durante una escalada represiva del Gobierno. Según Romero Sosa:

Asumió una posición de abierta confrontación con el poder extranjero enseñoreado sobre el país. Al producirse la invasión norteamericana de su patria iniciada el mismo año de la muerte de Rubén Darío y prolongada hasta 1924. Practicó todas sus dotes de hombre de prensa en órganos de difusión como el *Listín Diario*. Pero escribir sobre el invasor sin concesiones para con ellos ni para sus colaboradores de la oligarquía local le costó la libertad llevándolo a la muerte civil (2017, p. 19).

Viajó, conoció diferentes culturas y se relacionó con notables figuras políticas y culturales de su tiempo. Ejerció como cónsul en diferentes países, incluyendo Puerto Rico, Cuba y México. Ocupó importantes cargos administrativos en el Estado y en el Servicio Exterior, entre ellos: «Procurador Fiscal del Tribunal de Primera Instancia de Santo Domingo, Subsecretario de Interior y Policía (1903), Comisionado Especial del Gobierno en Azua, Samaná y Barahona (1904), Cónsul en La Habana (1905), en New York (1905) y en Hamburgo (1910), Gobernador de Santo Domingo (1913) y Miembro de la Comisión de Pensiones (1932)» (Gutiérrez, 2023, pp. 347, 348). El escritor era sobrino de José María Cabral y Luna, quien fuera en dos ocasiones presidente de la nación, primero como presidente de facto de República Dominicana en 1865, y luego como presidente constitucional entre 1866 y 1868. Fabio Fiallo se caracterizó no solo por su estilo poético y sensual sino, también, por su preocupación por los problemas sociales y políticos de su época. En su obra literaria y en sus discursos públicos abogó por la valoración de la cultura y la historia dominicanas, y luchó contra la influencia extranjera y el colonialismo cultural. J. Marcano (2020) y F. Gutiérrez (2023) nos recuerdan que: «Desarrolló una intensa labor periodística. Fundó los periódicos *El Hogar* (1894), *La Bandera Libre* (1899), *La Campaña* (1905) y *Las Noticias* (1920) y colaboró con *El Lápiz* y el *Listín Diario*» (1920).

En el ámbito de las letras se distinguió como poeta, ensayista y cuentista. Es considerado uno de los grandes escritores dominicanos del siglo XIX y principios del siglo XX. Según Fernández & Tamara, «Fabio Fiallo es seguramente el mejor de los poetas eróticos que ha dado la República Dominicana» (2014, párr. 1). Su poesía lírica escrita desde la intimidad se distingue por un exquisito uso de la lengua y un uso de dispositivos de sonido propios de su estilo. Su esmerada aplicación de sonidos y silencios culmina en un ritmo armonioso que le provee el

movimiento de un ruiseñor en vuelo. El bardo con frecuencia utiliza repeticiones de palabras y de sonidos que les dan a sus versos una cadencia proveniente de un efecto musical-emocional con la rima como elemento sustancial. En muchos de sus poemas usa las asonancias, mientras que en otros hace un uso magistral de las consonancias. El poeta abarca los temas fundamentales del mundo poético local e internacional, pero a pesar de su ardor patriótico priman los poemas de contenidos amorosos y galantes impregnados de un erotismo sutil. Simultáneamente, escribió sobre la vida, el paso del tiempo, la naturaleza, la muerte, la mitología y la religión. Fiallo le canta tanto al amor correspondido como al imposible y para sustentar sus sorprendentes metáforas hace uso de sus conocimientos de la mitología griega y de la religión. Pero, sin lugar a dudas, la mujer y el amor son los tópicos que dominan el poemario.

En el lenguaje figurativo que utiliza priman las metáforas, los símbolos y la personificación; los elementos sensoriales corresponden, en la mayoría de los casos a los visuales, auditivos y olfatorios... El poeta logra a cabalidad su misión con metáforas visuales intensas. En *Yo seré de tu séquito* (Fiallo, p. 17) realiza analogías mitológicas profundas como mecanismo expresivo. *Gólgota rosa* (p. 43) es una muestra poética que contiene asociaciones de tipo religiosas. Estas metáforas visuales sirven para la construcción de marcos en la mente del receptor, cada imagen cuenta su historia y tiene su objetivo en una metáfora que logra modificar el marco perceptivo e interpretativo. Aunque con cierta frecuencia lo comparan con Heinrich Heine, uno de los más destacados poetas románticos alemanes del siglo XIX, quizás sea por las características de *lied* de *Plenilunio*; así como con Gustavo Adolfo Bécquer acaso por escribir verdaderos poemas de un amor adolorido, sufrido, además de ser visto como un poeta puramente romántico. Fabio Fiallo utilizó su propia voz cargada de una musicalidad muy personal que logró reflejar sus

sentimientos e impresiones sin artificios. Fue capaz de transmitir la belleza del amor que lo movía con un lenguaje poético caracterizado particularmente por sus imágenes evocadoras. Según Camila Henríquez Ureña: «Fabio Fiallo es el poeta del Amor». «Es este, frágil como un ídolo y eterno como un dios, quien pulsa las cuerdas de su lira; es el amor multiforme, pero único en su esencia. Amor casto y secreto...» (Henríquez, 2006, p. 131).

Al analizar la obra de Fiallo nos damos cuenta de que consiguió conciliar magistralmente el romanticismo con los rasgos del modernismo de Rubén Darío. Reconocible en su refinamiento, aspecto cosmopolita, muestra de su cultura y estética de las formas, en la visión idealizada de la mujer, el lenguaje pulcro y el cuidado pleno de figuras retóricas que le dan un toque más culto al texto. Al igual que los modernistas de su época perseguía la perfección formal. Su actitud cosmopolita se advierte en las descripciones que realiza, recreación por medio de las palabras puntuales y, además, en las imágenes que aparecen acompañando al texto (no aparece en el libro referencia de su autor). Se trata de una pareja de clase alta en un ambiente aparentemente europeo y que según conversaciones con dos destacados artistas plásticos dominicanos y un crítico de arte igual de conocedor pudieran tratarse de litografías (técnica de impresión que se realizaba a partir del dibujo de una imagen en piedra). Según Geo Ripley había una cultura de litografía y eran muy usadas para ilustrar y decorar.

Canciones de la tarde de Fabio Fiallo, poemario que aquí presentamos, fue terminado en los talleres de la «Cuna de América» el día 16 de agosto de 1920. Según explica el colofón, escrito por la impresora en la última página del libro: «[...] estando el autor preso en ‘El Homenaje’ de la Ciudad de Santo Domingo». El libro consta de 118 páginas, 112 de ellas marcadas con números al pie de página. Cada poema es dedicado a algún amigo o personalidad de la época. De hecho, Fiallo da inicio al

libro con una dedicatoria a Rubén Darío, que reza de la siguiente manera: «A Rubén Darío, mi siempre noble y grande amigo a través de la vida y a través de la muerte» (p. 3). El trato y reconocimiento mutuo entre Darío y Fiallo denota la sincera y estrecha amistad que los unía. Seguramente, una verdadera hermandad entre almas con los mismos intereses que tienen la suerte de encontrarse, conocerse e intercambiar ideas y pasiones por el arte de la palabra, la poética, la estética, el amor a la patria...

Por otro lado, pero en el mismo orden de ideas, tal como nos indica el índice del texto, este contiene tres dedicatorias a Fabio Fiallo: la primera, escrita por Ricardo Pérez Alfonseca (1892-1950), poeta y ensayista dominicano, quien se recibió de abogado en la Universidad de la Sorbona, en París, y se graduó de doctor en derecho en la Universidad de Santo Domingo. Fue presidente de la Junta Provincial Electoral de Santo Domingo y ministro plenipotenciario en Cuba (1930-1936). En 1937, después de regresar de un exilio político, fue designado embajador en Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Perú, Brasil y Chile. En este último país residía al momento de su muerte. Se adhirió al movimiento modernista. Rubén Darío lo llamó «Benjamín de los poetas de América», especialmente a partir de la publicación del poemario *Mármoles y lirios* en 1809. Alfonseca en las cinco estrofas que dedica a Fiallo alaba su don de caballero galante y amante, al igual que a su poesía: «[...] Cual tu amistad nos das tu verso: puro como el lis su perfume a todo viento, tu espíritu, sin un deseo oscuro, tu alma sin oscuros sentimientos...» (Fiallo, 1920, p. 5).

La segunda y emotiva dedicatoria está a cargo de Francisco Villaespesa (Almería, 1877 - Madrid, 1936), poeta y dramaturgo español, quien figura entre los principales representantes del modernismo en España. Se trata de un hermoso poema dividido en cinco partes cuyo contenido denota un conocimiento profundo de la vida, obra y sentimientos de Fabio Fiallo. Lo aconseja y alaba con versos verdaderamente admirables. Y así,

a lo largo del poema lo llama jardinero (p. 9). En la tercera dedicatoria, Rubén Darío (p. 13) da inicio al libro con un profundo poema de cuatro estrofas escrito en París, que termina de la siguiente forma:

Todo lo que hay en mí de complicado,
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o extracto de pecado.

Abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido y lo he brindado
en sacrificio, inspiración y verso (Darío, 1910, p. 13).

Otro escrito de Rubén Darío cierra el libro como una especie de epílogo firmado en París 1911 (p. 101). Recordemos que Rubén Darío, poeta, periodista y diplomático nicaragüense, está considerado como el máximo representante del modernismo literario en lengua española. Darío dice sobre Fabio Fiallo: «Nació con el don divino y jamás lo ha profanado» (p. 102). «En sus versos como en sus cuentos es siempre un puro, un fino, un noble poeta» (p. 103). Sin embargo, Joaquín Balaguer (ensayista, poeta, estadista y político dominicano fallecido en el 2002) expresa lo siguiente:

[...] Fabio Fiallo, no obstante, su originalidad relativa, ocupa en el parnaso de lengua española el sitio más inmediato a Gustavo Adolfo Bécquer, por ser, sin duda, el poeta que más se ha acercado a la tendencia de “Rimas” de convertir la retórica en sentimiento y las palabras en suspiros y emociones. (Balaguer, 1970, pp. 245, 246).

Mientras, Camila Henríquez en sus *Obras y Apuntes* refiere que en Fiallo:

La poesía en él es algo espontáneo, inmanente, como el canto en el jilguero o el perfume en la rosa. No es su verso mera hazaña de calculadora destreza. Alcanza la elegancia de la aristocracia del pensamiento; la música de sus poemas es eco de una melodía espiritual: música de la idea. Siente, y halla enseguida la expresión, cabal, insustituible, para exteriorizar su sentimiento: virtud de artista genuino (Henríquez, 2006, p. 127).

El poemario de Fabio Fiallo consta de 34 poemas, divididos en cinco partes: la primera sección, *Las flechas de Eros*, contiene diez poemas de amor en los que deja ver su dominio de la mitología griega al utilizarla abiertamente como sostén de sus metáforas. En *El cinto de Venus* exhibe su talante erótico, su fina versión de la pasión y el deseo mundano, con seis poemas. El título alude a *El cinturón de Venus* o faja de Venus, fenómeno atmosférico visible durante el amanecer y el crepúsculo, arco con tonalidades de rosa y lila pálidos en el cielo que aparece poco después de la puesta del sol o poco antes. La poesía atrevida y erótica contenida en esta sección nos recuerda a la pintura *Cupido desatando el cinto de Venus*, cuadro del pintor inglés Joshua Reynolds de 1788 en el que se expone a Cupido intentando desatar el cinturón del vestido de la diosa.

En la sección *La rueca de Onfalia*, Fiallo una vez más hace gala de su conocimiento de la mitología e instala al servicio de su creatividad el mito Hércules y Onfalia (el héroe, vendido como esclavo y sometido a la voluntad de la reina). Aquí vemos cómo se origina una situación especial: Rubén Darío admiraba a Víctor Hugo, Dante y Shakespeare. Víctor Hugo escribió un poema llamado *la Rueca de Onfalia* y he aquí que Fiallo nombra una de las secciones de su poemario con el mismo nombre.

Más adelante veremos su relación con Dante en su poema *Yo seré de tu séquito*. Nos preguntamos quién influenció el gusto por estos tres grandes: ¿Rubén Darío a Fiallo o Fiallo a Rubén Darío? Lo pregunto por todo lo que Darío cuenta en su epílogo sobre sus largos y frecuentes encuentros y conversaciones con el poeta dominicano. Refiere que hablaban sobre arte, belleza, poesía... y qué bellas palabras utiliza para hablar sobre su amigo: «Piensa con el corazón». Personalmente es una figura interesante. Contemporánea...» (Fiallo, p. 104). Al respecto, Rodríguez Demorizi expone:

Prueba de la amistad es la numerosa correspondencia de al menos quince piezas que le remitió Darío a partir de febrero de 1908 en la que pueden rastrearse referencias a autores, informes de situación, temas cotidianos y, ¿por qué no?, las confidencias como aquella vertida a Fiallo sobre el venezolano Rufino Blanco Fombona: “Si llego a elogiarlo más, ¿qué me podría suceder, mon Dieu? (Rodríguez Demorizi, 1948, p. 15).

La flauta de Pan es el último segmento del libro titulado por una figura mitológica muy conocida. Pan era el dios de los pastores y rebaños en los mitos griegos. En la mitología romana se identifica a este dios como un Fauno. Dios de la fertilidad y de la sexualidad masculina. Dotado de una gran potencia y apetito sexual, se dedicaba a perseguir por los bosques, en busca de sus favores, a ninfas y muchachas. Era el dios de las brisas del amanecer y del atardecer. Los poemas de esta sección son de amor a la mujer, pero esta vez llenos de erotismo. El amante de estos poemas corre tras la amada, en carrera fugaz y rápida ascensión al infinito.

Ahora, volvamos al contenido bajo el título: *Las flechas de Eros* (pp. 17-39) para analizar dos de sus poemas. Reparemos primero en *Yo seré de tu séquito* (p. 17) que da inicio al libro y nos

deja entrever la influencia modernista dentro de su poesía. El poema ha sido tejido con el hilo de oro que ha perdurado a través del tiempo: la mitología del mundo de los muertos. Fiallo logra entrar y salir con facilidad de los laberintos luminosos del simbolismo milenario que enfrenta las imágenes poéticas y la intuición: el fuego, la boscosidad, la belleza, el río, la oscuridad y la luz, el fluir de la vida hacia la muerte, el camino... El amado se presenta como un hombre que gracias a Eros (dios del amor y el sexo) y ante la presencia de la amada ha renunciado a la gracia celestial (a todo lo bueno y piadoso enseñado por su madre). La amada ha muerto y él promete ser su séquito a través del mismo infierno. En el camino... el Estigia, Caronte, el Cancerbero, la mansión maldita y, hasta el Príncipe del Mal, todos se pliegan ante la gran hermosura de la amada, y el mismo Príncipe del Mal arrastra su orgullo y se humilla frente a tal hermosura y jovialidad.

Yo seré de tu séquito: la palabra séquito nos recuerda a la Divina Comedia del poeta italiano Dante Alighieri, poema épico del siglo XIV escrito en 100 cantos (33 cantos para cada parte: el infierno, purgatorio y paraíso, y uno para la introducción). Recordemos que Dante andaba en busca de su amada Beatriz (personificación de la fe) y el poeta Virgilio le sirve de séquito (guía) a través del infierno. La amada se encontraba del otro lado del infierno: en el paraíso, pero para llegar a ella Dante debía cruzar el infierno y el purgatorio. El amante, al igual que en el poema de Fabio Fiallo, personifica a la humanidad y representa la tentación del pecado. En el poema de Fiallo existe una variante: la amada llega al Infierno y ahí termina el poema. El Infierno representa al ser humano frente a sus pecados y sus funestas consecuencias, pero para la amada descrita por Fiallo no hay consecuencias porque el Príncipe del Mal arroja su orgullo frente a su espléndida hermosura. En la Comedia «se trata de un amor que trasciende las dimensiones físicas de este mundo

y se convierte en pura espiritualidad» como bien nos indica Ángel Chiclana en su prólogo de la Comedia, trigésima quinta edición, cuarta impresión (1993). Según este autor, Dante pretende decir lo que nunca se ha dicho de mujer alguna.

Fabio Fiallo sigue los pasos de Dante, pero con un poema de solo siete estrofas, el triunfo del bien y lo bueno (la belleza) sobre el mal. En el poema de Fabio Fiallo el amado le promete ser su séquito, la persona que la va a acompañar a cumplir con su voto solemne. Encontramos a Eros, hijo del caos, joven apasionado acompañado de Himero (el deseo) y de Afrodita, encarnación de la armonía y la creatividad. Todo lo que el enamorado refiere en el poema de Fiallo está expresado por verbos que marcan el tiempo de la acción principal en un tiempo de futuro simple (detendrá, ensayará, saltará, empañará, irradiará, arrojará) es, por tanto, un ejercicio de prolepsis (anticipación). A través de la imaginación el yo poético realiza un descenso al infierno como integrante del cortejo (séquito) de la mujer por cuya belleza vive rendido. Este uso detallado y de conocedor profundo de la mitología es solo una prueba más de la gran cultura que adornaba a Fabio Fiallo. Y así nos presenta costumbres griegas donde los cadáveres se enterraban con una moneda bajo la lengua para pagarle al barquero que lo trasladaría al otro lado del río (al mundo de los muertos), Caronte, personaje encargado de guiar las sombras errantes de los difuntos recientes de un lado a otro del río Aqueronte (río de la aflicción). De no tener el dinero tendrían que vagar por 100 años por las riberas del Aqueronte. Menciona al Estigia (río del odio), límite entre la tierra y el mundo de los muertos. El Cancerbero, perro de tres cabezas y cola de dragón que impedía a los vivos entrar y no dejaba salir a los muertos, vigilante de las puertas del infierno. En el Infierno de Dante, Virgilio lo ayuda a cruzar el infierno para encontrar el paraíso donde se halla su amada. Este espacio selvático representa el extravío espiritual del personaje de la obra.

Advertimos con facilidad que, prácticamente en cada poema, el objeto lírico es la amada bella y pura que provoca los sentimientos y la acción. En *Sombra de tu Sombra* (p. 21) el poeta visualiza un futuro funesto para el amante; él morirá, pero aún así seguirá recordando a la amada porque su memoria tiene la capacidad de sellar el olvido para que no pueda hacer su efecto aún después de la muerte. Lo que nos recuerda «Amor constante más allá de la muerte» del poeta español Francisco Quevedo (1580-1645): «[...] cuerpo dejará, no su cuidado; / serán ceniza, más tendrá sentido; / polvo serán, más polvo enamorado». Aunque en Quevedo hay un amor correspondido, en Fiallo se trata del conocido estilo romántico del sufrido dolor provocado por un amor no correspondido que perdurará después de la muerte. El amante fabricará un nido dentro de la amada para su alma. Así, ella escuchará el reproche de un amor no correspondido. Ella estará viva y recibirá la luz del día, y él será sombra de su sombra, región de oscuridad donde la luz es obstaculizada u ocultada por ella y por la muerte. Él desea, por lo menos, ocupar todo el espacio detrás de ella y así convertirse en «sombra de su sombra». Cada noche, la hermosa mujer escuchará el reproche del alma del amante convertido en «sombra de su sombra». Amor no correspondido que ni la muerte puede superar y por eso solo le queda una salida: convertirse en «sombra de su sombra». Veamos ese hermoso y breve poema:

Sombra de tu sombra

Cuando por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada losa funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido:

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor; eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaría
dentro tu ser fabricará su nido.

Y a tu pesar, en la callada noche
escuchará el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo:

Será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.

Por otra parte, en *Gólgota rosa* el yo lírico se presenta como un amante atrevido que pasa a la acción y no solo al galanteo; además, como diría Manuel Rueda (1999), se convierte en blasfemo (poéticamente hablando) cuando en el poema presenta a un Jesús humanizado colgando de una joya del cuello de la amada y mirando con pasión y deseo a la dama. El poeta hace uso del símbolo de Jesús en la Cruz bajo la declaración de que Jesús es hijo de Dios (Dios hecho hombre). Bajo esta concepción antropomórfica de Dios (Jesús) le adjudica pasiones humanas. El doctor Patricio García Polanco, lingüista y profesor universitario, refiriéndose al *Gólgota Rosa* expresa:

«Ya sabemos que el Calvario bíblico estaba situado en lo alto de una colina, sin embargo, el poeta habla de dos colinas. Es entonces cuando comenzamos a descubrir la maliciosa intención del poeta al referirse, en forma metafórica, a los pechos de la mujer» (García, 2020).

Veamos las primeras dos estrofas del poema:

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de gozo mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo alma de don Juan... (Fiallo, 1920, p. 43).

Reparemos en otro ejemplo de los poemas comprendidos en este segmento: *Era una tarde*. El poeta canta en una de sus estrofas: «Entramos en la barca abandonándonos / sin vela y remo a la corriente azul; / fugaces deslizáronse las horas, / no las vimos pasar ni yo ni tú...». Indudablemente el yo poético hace alusión a que se abandonaron al amor, y la corriente azul se refiere a la naturaleza, la tranquilidad y paz del momento. Más adelante, en otros de sus versos, habla de la alcoba en plena relación con el acto amoroso. Utiliza palabras y escenas relacionadas con un ambiente de clase alta y con el físico de la mujer nórdica: ojos azules, blancura de jazmín, cabellera rubia («No hay oro de enredadera igual a su cabellera» (Fiallo, p. 39), blanca, perfumes franceses «Leve olor de un lis de Francia» (Fiallo, p. 48), alfombras de piel, tocador de caoba... Luego le siguen los poemas *La rueca de Onfalia* (nueve poemas) y finaliza con *La flauta de pan*, diez poemas amorosos y eróticos con componentes religiosos como son *Y una voz dirá tu nombre* y *Sándalo*, e incluso de tono patriótico como *La impaciencia*.

El dominio sustancial de la función poética del lenguaje con que contaba Fabio Fiallo se manifestó tanto en su poesía pura como en su prosa; en verdad lograba materializar con palabras

aquello que pretendía comunicar a través de imágenes y figuras con una voz lírica de cualidad ideal y sencilla. Así, desde su subjetividad utilizaba un lenguaje simple, fácil de entender y sin rebuscamientos. No hay complejidades formales en sus poemas; sus versos muestran una belleza sutil y refinada propia de la época. El yo poético no es un hombre astuto ni de un erotismo vulgar que aborda lo sexual de forma directa o brusca, sino un amante que se comunica con una sensualidad sutil y elegante. El trato del amante es delicado y recatado, prudente, galante en todo momento. En verdad, la mujer es el pretexto de que se valió el poeta para la escritura de los poemas: la mujer de sus sueños, la amada, la ideal y sublimizada. La representación de su pasional amor la logra a través de un mundo simbólico como expresión de lo humano. Condensa una atención especial en la mujer idealizando a la mujer amada y en el proceso su verbo fluye con facilidad; no hay exabruptos en la manifestación de su sentir.

El amor romántico se mantiene inalterable frente al desdén o a la traición, pues todo lo sublimiza en su poesía. Sin embargo, y paradójicamente, a cada símbolo le asigna un significado específico que por su esencia puede referirse a cualquier nivel de la realidad. Su mundo está lleno de imágenes y resonancias, sin embargo, a excepción de varias de las poesías que le dan fuerza a este poemario, por lo general, su poesía muestra un mundo de clase alta con formas estéticas basadas en lo banal de la belleza femenina. Mientras otros poetas de su siglo acogían las vanguardias, Fiallo se afirmaba en el romanticismo con visos del modernismo de Rubén Darío. A pesar del patriotismo y el espíritu brioso que se manifestó en su juventud y se mantuvo a lo largo de su vida, Fiallo se volcó hacia la poesía amorosa. El escritor y crítico José Enrique García consideró lo siguiente sobre la temática que primó en los poemas de Fiallo. Su opinión aparece

publicada en el prólogo *La canción de una vida*, obra completa de Fabio Fiallo, publicada por la Fundación Corripio:

El amor en todos los tonos: puro, imaginado, carnal, engañado, pérfido, pero, sobre todo, el amor imposible, el amor idealizado en grado extremo (p. 14). Por su fina sensibilidad para interpretar los sentimientos del alma y por el tono becqueriano de su poesía, cargado de ritmo, armonía y sencillez, fue considerado por sus coetáneos el poeta del amor. Sus poemas «For ever», «¿Quién fuera tu espejo!», «Plenilunio» y «Gólgota rosa», sirvieron a muchos dominicanos de la primera mitad del siglo XX para sensibilizar el corazón de la mujer anhelada (Enrique-García, 1992).

Finalmente, quisiéramos recordar que fundamentalmente en el ámbito de la poesía, el modernismo es una mezcla de tres corrientes europeas: el romanticismo, el simbolismo y especialmente el parnasianismo. Fiallo, como un romántico afecto al simbolismo, quedó impactado por el modernismo, no así por el parnasianismo. En su poesía las pasiones internas, visiones, armonías y ritmos son expresadas en una música verbal rica y altamente estilizada. A pesar de que algunos críticos hablan de que Fabio Fiallo no se dejó impactar por el modernismo, reite-ramos que nos parece que sí fue influenciado como podemos notar en su estética refinada con sentido aristocrático, la oposición a lo vulgar, el carácter intimista, sus temas mitológicos, sobre el pecado y la muerte, el erotismo, el esoterismo envuelto, la religiosidad como pretexto metafórico, el exotismo (griego y europeo), la exaltación de la naturaleza; el sensualismo estético a partir de la evocación de imágenes sensoriales, una especie de preciosismo y perfección formal, un cuidado de la forma en todos sus detalles. Colores, texturas, sonidos, son parte de las evocaciones características de este movimiento. A pesar de todo

ello o quizás gracias a ello, Fiallo mantiene una individualidad exquisita con una musicalidad de la palabra como valor principal de su poesía: sonoridad y resonancia.

Fabio Fiallo murió en La Habana el 28 de agosto de 1942. Los restos de este poeta del amor y luchador incansable por la libertad de su patria fueron trasladados a República Dominicana y descansan desde 1977 en el cementerio Cristo Redentor de Santo Domingo. Esperamos que los lectores de las nuevas generaciones reconozcan, no solo al poeta y político, sino al gran ser humano que todos los escritores y amigos locales e internacionales afirmaron que era, talante y espiritualidad que se devela a través de su poesía. Disfruten, pues, de la pulida y refinada elaboración de los cantos armoniosos del cosmopolita y culto poeta dominicano.

Referencias bibliográficas

- Balaguer, J. (1970). *Historia de la literatura dominicana*, Santo Domingo, J.D, Postigo. Recuperado de <https://es.scribd.com/doc/177880157/Joaquin-Balaguer-Historia-de-la-Literatura-Dominicana>
- Chiclana, A. (2013). Introducción (Prólogo). En *Divina Comedia Dante-Alighieri*. Cuarta Ed. Barcelona, Austral.
- Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). Biografía de Fabio Fiallo. En *Biografías y Vidas*. La enciclopedia biográfica en línea [Internet]. Barcelona. Recuperado de <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/f/fiallo.htm> [fecha de acceso: 21 de mayo de 2023].
- Fiallo, F. (2004, original 1921). *Diario de Fabio Fiallo*, Santo Domingo, Archivo de la Familia Fiallo (original). Recuperado de <http://www.fiallo.net/Antioe/Familia/Fabio/Diario/>
- Fiallo, F. (1942). *La canción de una vida XII* [original]. Santiago, Ed. El Diario. Recuperado de http://bibliotecadigital.bnphu.gob.do:8080/xmlui/bitstream/handle/BNPHU/607/LaCancionUnaVida1942_FabioFiallo.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Fiallo, F. (1920). *Canciones de la tarde* [archivo pdf]. Recuperado en https://www.bnphu.gob.do/file:///C:/Users/Dell/Downloads/CancionesTarde_FabioFiallo.pdf
- García, J.E. (1992). *Prólogo y notas*. En *La Canción de una vida*, Santo Domingo, Fundación Corripio. Clásicos Dominicanos.
- García-Polanco, P. (2020). *Tras sus huellas, Yo seré tu séquito y Gólgota rosa*. Recuperado de <https://acento.com.do/cultura/tras-sus-huellas-yo-sere-tu-sequito-y-golgota-rosa-8885777.html>
- Gutiérrez, F. (2023). Fiallo Cabral, Fabio Federico. En *Gran Diccionario de la literatura dominicana - Bibliográfico y terminológico*, Santo Domingo, Búho.
- Henríquez Ureña, C. (2006, original 1934). Monografía de Fabio Fiallo. En *Obras y Apuntes*, Santo Domingo, Banco de Reservas. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/374448499/Henriquez-Urena-Obras-y-Apuntes#>
- Marcano, J. (2020). Fabio Fiallo. En *Poesía dominicana*. Recuperado de <https://poesia-dominicana.jmarcano.com/d-j/fiallo/>
- Quevedo, F. (1969-1971). Amor constante, más allá de la muerte. En *Obra poética*, tomo I, ed. de José Manuel Blecua Teijeiro, Madrid, Castalia.
- Rodríguez Demorizi, E. (1948). «Rubén Darío y sus amigos dominicanos». Colombia, Ediciones Espiral. En *Catálogo de la Academia de Historia de la República Dominicana*. Recuperado de https://catalogo.academiamdominicanahistoria.org.do/opac-tmpl/files/libros/RodriguezDemoriziEmilio_RubenDarioYSusAmigosDominicanos.pdf
- Romero-Sosa, C. (2017). *Rubén Darío y su amistad con el escritor Fabio Fiallo*. Ápices, número XIX. Recuperado de <http://poeta-entredossiglos.blogspot.com/2017/02/ruben-dario-y-su-amistad-con-el.html>
- Rueda, M. (1999). Fabio Fiallo. En *Antología mayor de la literatura dominicana: (siglos XIX-XX) Poesía*, Santo Domingo, Fundación Corripio.
- Tena-Reyes, J. (2006). Fabio Fiallo Cabral. En *Catálogo bio-bibliográfico de la Biblioteca de Clásicos Dominicanos*, Santo Domingo, Fundación Corripio.

CANCIONES DE
LA TARDE



FABIO FIALLO

Oh, poeta: el cariño y la alabanza
 le van bien a tu nombre, cual la nube
 al monte, como al novio la esperanza,
 y como al cielo todo lo que sube.

Se dice: FABIO FIALLO, y al instante,
 a los labios acude, con tu nombre,
 si en los de alguna dama—¡qué galante!
 y —¡qué noble!, si en labios de algún hombre.

El varón másculo y la niña tierna,
 para elogiarte hallan la vida alada,
 tal como tú hallarás la noche eterna
 corta para soñar con tu adorada.

Cual tu amistad nos das tu verso: puro;
 como el lis su perfume a todo viento:
 tu espíritu, sin un deseo oscuro,
 tu alma, sin oscuro sentimiento.

Y así, mañana, al ver tu dulce trigo
en tu mano, y tu pecho palpitante,
el Tiempo absorto exclamará: —¡qué amigo!;
la muerte pasional dirá: —¡qué amante!

Ricardo Pérez Alfonseca



FABIO FIALLO

I

Para llorar lo estéril de tus sueños amantes
dentro de tu saudosa quietud de solitario,
en el oro del verso, igual que en un rosario,
tus lágrimas engarzas como claros diamantes.

O con los ojos fijos en visiones distantes,
arrodillado a solas, como en un santuario,
consumes en las rojas ascuas de tu incensario
la mirra de tus líricas primaveras fragantes.

Fabio, ¿qué importa el tiempo, las penas y el hastío,
ver las ánforas rotas y el corazón vacío,
si en la Verona eterna de tu alma de poeta

aún a la luna sangran los granados en flor,
y en su balcón de ensueño palidece Julieta
mirando a las estrellas y oyendo al ruiseñor?

II

Fabio, la vida es lucha, es zarpazo, es violencia,
asechanzas de buitre y asaltos de felino...
Es ceniza la estéril manzana de la Ciencia
y el Amor envenena las fuentes del camino.

Tú has deshilado el viejo tapiz de la existencia
y lo hallaste en tu examen miserable y mezquino,
por eso amas tus sueños y vendimias su esencia
en el lírico encanto de tu vaso de vino...

Tus pupilas han visto la verdad y el espanto,
se han bañado de gloria y han naufragado en llanto...
Tus oídos oyeron todas las armonías,

y tus manos rasgaron todas las suavidades,
por eso en el crepúsculo sollozan tus poesías
nostálgicas de ensueños y enfermas de saudades.

III

Sigue, lejos del mundo, lírico jardinero,
de tu huerto de Otoño cultivando las rosas...
A la luz de la luna resplandece el sendero
y se animan los cándidos mármoles de las diosas.

En cada fuente tiembla la perla de un lucero,
y un ruiseñor insomne, sobre todas las cosas,
oculto en la blancura nupcial de un limonero,
desgrana los suspiros de sus flautas gloriosas...

Prosigue, jardinero, en tus parques reales,
cultivando tus sueños cual si fueran rosales,
y oyendo en los silencios de la nocturna calma,

mientras en plata viva lloran los surtidores,
al milagroso y dulce ruseñor de tu alma
que idealiza el recuerdo de tus viejos amores.

IV

El dulce sueño del pasado añoras,
y desoyendo humanas ambiciones
las soledades de tu otoño enfloras
con un Abril perenne de ilusiones.

Y en guirnaldas fragrantas y sonoras
esculpes en tus puros paternones,
como una alegoría de las horas
la casta desnudez de tus canciones.

Alma de santo y corazón de niño,
de tu vida es emblema la violeta
y joyel de tu escudo es el armiño...

Todo a la vida y al amor te diste,
y amor y vida hiciéronte poeta
claro y sincero, delicado y triste.

V

Este Don Juan, antiguo mosquetero,
de hosco mostacho y lúbricas miradas,
que generoso siempre y caballero,
sin temor a asechanzas ni emboscadas,

fue regando de perlas su sendero
y amor y gloria conquistó a estocadas,
hoy es un buen abad de porte austero
y sanguíneas mejillas rasuradas.

Hay en sus gestos y en sus persuasiones
un desprecio total de humanos bienes.
Su voz, aún cuando teje madrigales,

tiene la vaga unción de los sermones,
y reclaman sus manos y sus sienes
el báculo y la mitra episcopales.

Francisco Villaespesa



A FABIO FIALLO

Lo que había en el silencio de mi vida
de voz, canción, llamada, trino o queja,
no lo oirá ya Desdémona dormida
porque ya el ruiseñor no está en la reja.

La esencia de la sangre de mi herida,
el misterio profundo de mi queja,
y lo que puso en mi panal la abeja
mientras parió la leona en su guarida:

Todo lo que hay en mí de complicado,
de pecador sutil o de perverso,
vino de amor o extracto de pecado.

Abarcando en mi afán el universo,
todo eso lo he exprimido y le he brindado
en sacrificio, inspiración y verso.

Rubén Darío
París, 1910



LAS FLECHAS DE EROS

Para Américo Lugo.



YO SERÉ DE TU SÉQUITO

Para Enrique Aguiar.

Mi bondad, mi piedad, mi mansedumbre,
cándidas flores que en mi fe de niño
logró una dulce madre cultivar:
¿a qué vivís en mi alma todavía,
si Eros, más fuerte que Jesús, me impuso
mi renuncia a la gracia celestial?...

Yo seré de tu séquito, oh hermosa,
por quien todas las puertas del infierno
con un clamor de triunfo se abrirán,
para que pase toda
tu espléndida hermosura
y toda tu febril jovialidad.

Las tenebrosas aguas del Estigia,
que ayes tan solo y maldiciones ruedan,
para verte su curso detendrán;
y la grito infernal de los blasfemos,
a tu sola presencia, en dulce coro
de alabanza y amor se trocará.

La torva faz del ávido Caronte,
que nunca supo de piedad ni júbilo,
su prístina sonrisa ensayaré,
mientras en su rudo corazón despunta,
a los impulsos de emoción extraña,
la silenciosa flor de un ideal.

Y vendrá a ti el terrible Cancerbero,
te saltará a las faldas, tu alba mano
querrá lamer con próspera humildad,
se hará querrela su feroz aullido,
y sus pupilas que inyectó la rabia
con lágrimas de amor se empañarán.

Al penetrar en la mansión maldita
¡qué espanto en las tinieblas! Tus cabellos
como fragante antorcha irradiarán,
con su esplendor se incendiarán las sombras,
e inundada de luz la Selva Oscura
será la inmensa hoguera de un rosal.

Arrastrando su orgullo como un manto
de púrpura, gallardo más que nunca,
saldrá a tu encuentro el Príncipe del Mal,
y el gran Soberbio que arrojó las iras
del Señor, humillándose a tus plantas,
como una vil alfombra por el suelo
su magnífico orgullo arrojará,
para que pase toda
tu espléndida hermosura,
y toda tu febril jovialidad.



SOMBRA DE TU SOMBRA

Cuando por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada losa funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido:

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor; eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaria
dentro tu ser fabricará su nido.

Y a tu pesar, en la callada noche
escucharás el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo:

Será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.



TRAS LA SUTIL EMBOSCADA

Para Horacio Blanco Fombona.

Anoche, en el espléndido
salón de locas danzas,
ella, cual una reina,
sus caprichos dictaba
entre alevés sonrisas
y engañosas miradas.

Y el frágil abanico
que en sus manos volaba,
encubriéndole a veces
la risa, semejaba
cándida ala de un pájaro
que al borde se posara
de la más fina y pérfida
y sutil emboscada.

Improviso resuena
un preludio de danza:
en rededor de la hermosa
hay tropel de casacas;
cien rivales a un tiempo

dispútense llevarla
en voluptuoso giro
a través de la sala.
Chispean las pupilas
como un choque de espadas
ansiosas de dar muerte.
Con intención dañada
finge ella que vacila
entre la cortesana
turba que la rodea:
pónese en pie, y su gracia
es turbador perfume,
que el salón embalsama,
de la más bella y fina
flor de las elegancias.
Como en lance de vida,
la ansiedad se retrata
en los viriles rostros:
¿Quién logrará la palma?...

Ella la faz esconde
breve un instante en el ala
de su abanico, y suena,
como un clarín pirata
que de todos se burla,
su alegre carcajada...

Después, indiferente,
su mano aristocrática
a uno cualquiera fia
y hacia el salón se lanza.

Abandonado yace
 su abanico de nácar,
 que fuera, enantes, leve
 y fina ala posada
 sobre la más graciosa
 y pérfida emboscada,
 y tras del cual, vibrante
 como un clarín pirata,
 resonó de la hermosa
 la alegre carcajada.

De él me apodero ansioso
 y con presteza y maña
 ocúltolo en el pecho.
 El corazón me salta
 cual águila que quiere
 romper su estrecha jaula.
 A un rincón solitario
 me acojo de la estancia.
 Calladamente saco
 la prenda codiciada.
 La abro con el respeto
 de las cosas sagradas...
 ¡Dios mío, el abanico,
 está empapado en lágrimas!



SEDUCCIÓN

Esas rocas que altivas se levantan
¡oh! mi hermosa, a orillas de la mar,
sirenas fueron que en lejano día
con sus cantos de dulce melodía
hechizaban las naves al pasar.

Tenían, como tú, la faz hermosa,
como tú, de granito el corazón,
de espuma endurecida el albo seno
que al rítmico vaivén de un mar sereno
ostentaba dos rosas en botón.

Para atraer al infelice nauta
unían en dulcísimo cantar,
al blando arrullo de sus arpas oro,
la tierna nota del amante lloro
y el ritmo de unos labios al besar.

Desnudas y radiantes se ofrecían:
¿cómo esquivar la ardiente tentación?
El que una vez, incauta, las miraba

tras ellas a las ondas se lanzaba
la muerte hallando en premio a su pasión.

Indignados los dioses decidieron
en rocas las sirenas convertir
y sus formas perdieron; mas, el canto,
aún sigue siendo peligroso encanto
que logra a los viajeros seducir.

De ellas son esas tiernas vibraciones
que vagan en la brisa de la mar,
armonía lejana que semeja
los arpegios de un arpa que se queja,
o la canción de un cisne al expirar.

Mas, ¿qué sirena tus hechizos tuvo?
¿Cuál tuvo tu invencible seducción?
Así, ¿por qué luchar con lo imposible
si es sino aciago o ansia irresistible
estrellarme en tu duro corazón?



¡QUIÉN FUERA
TU ESPEJO!

¡Cuán feliz es el sol! En las mañanas
por verte su carrera precipita,
a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Al blando lecho en que reposas sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórñase ritmo en tus azules venas,
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mas, yo, no envidio al sol; sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama alegre cuando estás delante
y al punto que te vas de ti se olvida.



ELLA ES UNA LIRA

Su hermosura vibrante
sugiere el pensamiento
de una lira que tiene
por cuerda sus cabellos.

¡Oh! lira, dulce lira,
magnífico instrumento
de goces y tristezas,
de risas y lamentos,
y locas esperanzas
e insaciables anhelos;
fuente de la alegría,
raudal de los tormentos,
lago de ritmos donde
boga y boga el Ensueño,
sobre lirios de espuma
y entre arrecifes pérfidos.
Bosques de las traiciones
envueltas en misterio;
panal de la encrespada
colmena del deseo;

cubil de tentaciones;
dulce jardín del beso.

¡Oh! lira, dulce lira,
magnífico instrumento,
recátate en la sombra,
envuélvete en silencio
guarda tus sonos de oro,
calla tu amante acento...
Que la ambición odiosa
de artistas callejeros
no profane con su hálito
no manche con sus dedos,
las cuerdas misteriosas
que ha de pulsar un genio.



FLOR DE SANGRE

Dicen que son sus labios
botón de flor extraña
que en sangre humedecido
sorprende la mañana.

¡Ay! quien sabe los tiña
cada noche en la savia
que ardiente y gota a gota
del corazón se escapa,
desde que la noticia
de su traición callada
en mi amoroso pecho
entró como una daga,
y escondida en mi orgullo
a todas las miradas,
allí por siempre vive,
allí por siempre sangra,
cual sangra y vive oculta
una incurable llaga...

Por eso son sus labios
botón de flor extraña
que en sangre humedecido
sorprende la mañana.



PLEGARIA

Para Rafael Damirón.

A todos causa extrañeza
mi súbita devoción,
mas, no al cura que interpreta
mi afligido corazón,
y sabe que si a la iglesia
llevo una ardiente oración,
no es en busca de indulgencias
ni en demanda de perdón.

¡Oh! Virgen de la Tristeza,
Virgencita del Dolor,
a la que un artista diera
aquel tranquilo candor
de mi amada, y su inocencia,
y la insólita expresión
de su divinal belleza,
y hasta el olor de su olor,
y en el pecho la carencia
de un ardiente corazón...

Alas dame, dame fuerzas,
ser un rampante cóndor,
y cuando ella con su dueña
—fingiéndola una devoción
que sentir no puede— venga
a hurtarte la adoración
de tus fieles, en tu iglesia,
y a poner en parangón
tu inocencia y su inocencia,
tu candor y su candor,
tu belleza y su belleza,
entonces, con estupor
de tus fieles y su dueña,
desataré mi furor,
y asida con garras férreas
la llevaré frente al sol,
donde el pico de una sierra
será nido de mi amor.

¡Oh, Virgen de la Tristeza,
Virgencita del Dolor,
incapaz de sentir penas
y de interpretar mi amor!



CONTRA UN MÁRMOL

Al recoger su túnica la tarde
besó un reflejo del poniente sol
el blanco seno de mi amada hermosa
que un instante animarse pareció.

Y su amor le pedí impaciente y torpe,
olvidando en mi loca exaltación
que el hielo no se enciende con la llama,
que una estatua no tiene corazón.



PIERROT

*Para la dulce compañera
de Leopoldo Lugones.*

Hablábase de amor que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:
—¿El amor?... ¡Bah, señora!... Y dije entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco vi la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión,
y más de una preciosa boca roja
me otorgó un gestecito encantador...

¡Ay, solo tú en tu oscura cárcel gélida
no reías, llorabas, corazón!



EL CINTO DE VENUS

Para R. Blanco Fombona.



GÓLGOTA ROSA

Para Francisco Contreras.

Del cuello de la amada pende un Cristo
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de gozo mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a Cristo el alma de Don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca
curiosidad astuta en el mirar,
y la intención del labio, si es de angustia,
al mismo tiempo es contracción sensual.

¡Oh pequeño Jesús crucificado,
déjame a mi morir en tu lugar,
sobre la tentación de ese Calvario
hecho, en las dos colinas de un rosal!

Dame tu puesto o teme que mi mano,
con impulso de arranque pasional,
la faz te vuelva contra el cielo y cambie
la oblicua dirección de tu mirar.



ERA UNA TARDE

¡Oh! mi amada, ¿te acuerdas? Esa tarde
tenía el cielo una sonrisa azul,
vestía de esmeralda la campiña
y más linda que el sol estabas tú.

Llegamos a las márgenes de un lago.
¡Eran sus aguas transparente azul!
En el lago una barca se mecía,
blanca, ligera y grácil como tú.

Entramos en la barca abandonándonos
sin vela y remo a la corriente azul;
fugaces deslizáronse las horas,
no las vimos pasar ni yo ni tú.

Tendió la noche su cendal de sombras,
no tuvo el cielo una estrellita azul...
Nadie sabrá lo que te dije entonces,
ni lo que entonces silenciaste tú...

Y al vernos regresar Sirio en oriente
rasgó una nube con su antorcha azul...
Yo era feliz y saludé una alondra.
Tú... ¡qué pálida y triste estabas tú!



LI8 DE FRANCIA

Para Arturo Logroño.

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor,
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,
mientras blanda piel de loba
en el deleite se arroba
de besar su pie gentil.

¡No hay oro de enredadera
igual a su cabellera!
cuando la asoma al balcón
despeinada, se dijera:
¡la más altiva bandera
en un reto contra el sol!

Y tal profusión de rosas
guarda en su cuerpo mi hermosa,
que su cuerpo es un jardín
de las rosas más pomposas
y raras y misteriosas
que trajo en su cesto Abril.

Altar de impolutos lirios
en su frente; cual dos cirios
arde en sus ojos la luz
que me exalta hasta el delirio
de arrostrar cualquier martirio
sobre sus brazos en cruz.



MI PRISIÓN

Para Rafael E. Sanabia.

Fue el cielo de tu alcoba
reflejado en el cielo de tus ojos.

BARTRINA

Cautivo voluntario en una cárcel
bella cual otra no se vio jamás,
solo un temor mis horas ensombrece,
el temor de adquirir mi libertad.

Dos celdas tiene mi prisión hermosa,
de un verde tan brillante y singular
que parece un incendio de esmeraldas
su fúlgida e intensa claridad.

Guarnecen mi prisión rejas doradas,
tan finas y sutiles a la par,
que bien pudieran ser saetas de oro
y ornar de los amores el carcaj.

Estrecha es mi prisión y cabe en ella,
con todo su esplendor, la inmensidad:
el cielo azul que copia su dulzura,
y el que mis ansias copia inquieto mar.

Mas, esas maravillas de lo Eterno
no son las que yo anhelo contemplar
a toda hora en el fondo de mi cárcel,
como en un terso y límpido cristal.

Yo soy pagano de la Grecia antigua
y mi vida la vivo como tal;
prefiero una mirada a dos estrellas,
y un beso amante al cielo azul y al mar.

¡Oh, qué feliz cuando impetuoso vuelco
mis celdas de esmeralda, y su cristal
el *plafond* reproduce en miniatura
de mi alcoba, y mi imagen además!



MEDIA LUNA (BALADA)

Para José Lebrón Morales.

La media luna de plata
que la onda del mar retrata
navegando en pleno azul,
¿acaso es nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?

Contemplándola fanática,
en muda actitud hierática
la novia del alma está,
interrúmpela mi plática:
—¿por qué la miras extática
si tuya nunca será?

Ahora es la misma luna
que se detiene importuna
al ver mi amada gentil,
y en su cabellera bruna
las hebras cuenta una a una
las besa mil veces mil.

Y se escucha la sordina
una orquesta cristalina
en la clave azul del mar:
cual si en sus teclas, la fina
y ágil mano de una Ondina
interpretara a Mozart.

En tanto, nube agorera,
en la callada manera
de negro buitre traidor,
álzase en la azul esfera,
trepa a la luna, y artera
la ahoga sin compasión.

¿Dó está la nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?...
¡Ay! de aquel astro de plata
la ancha mar solo retrata
un fantástico ataúd.

Rómpese el féretro y fuera
asoma una calavera
su descarnado perfil;
¡oh, Selene, quién dijera
que en tus órbitas tuviera
su oculto nido un reptil!

Mas, con su cuenca vacía
bajo la nube sombría
vuelve a mirarnos tenaz:
—cesa ¡oh, Luna! en tu porfía,
la novia del alma mía
no será tuya jamás.



¡OH, MANO, SEMEJANTE A
BLANCA FLOR!

Para Pedro C. Dominici.

La añosa encina cuya verde fronda
era como un hierático pendón
de fúlgida esmeralda
enarbolado al sol.

Aquella en cuya rama más erguida
su hogar feliz un pájaro colgó,
y allí mañana y noche
alzaba su canción.

Aquella que ostentaba en su corteza,
hondamente grabado, un corazón;
y una frase también... ¡Oh, de esas frases
sin importancia al uso del amor!

¡Yace por tierra! Y el risueño nido,
y el verde lujo desplegado al sol,
y la alta copa erguida hasta las nubes
viles despojos por el suelo son.

Que en el silencio de la oscura noche
inicua mano sin piedad la hirió,
para borrar, talvez, la frase amante
convertida ¡ay! en dato acusador.

Yo sé también de otra falaz promesa
incrustada en un noble corazón,
y de una mano que arrancarla quiso
y sin piedad la entraña destrozó.

¡Cómo pudiste tanto mal causarme,
oh mano, semejante a blanca flor!
¡Oh, manos, que en los labios tantas veces
su suavidad dejáronme y su olor!



LA RUECA DE ONFALIA

Para Luis Yépez.



LAS CAMPANAS REPICAN GLORIA

Para Clarita Brache.

Un milagro, Clarita, es un suceso
tan raro cuán difícil de explicar;
como aquel Viernes Santo en que los bronces
de nuestra antigua y noble Catedral
repicaron a *Gloria*, por sí solos,
mirándote pasar.

¿Te acuerdas? Hubo espanto y hubo júbilo;
se produjo en la Misa confusión,
gente sencilla lo achacó a prodigio,
los sabios a geológico temblor,
y con la causa justa del suceso
nadie, niña, acertó.

Nadie pensó que las campanas tienen
un corazón capaz de palpar,
y estremecerse al misterioso influjo
de una gentil y espléndida beldad;
nadie pensó que el fuerte y rudo bronce
fuera capaz de amar.

¿Por qué no?... ¿Por qué es duro? ¿Por qué es viejo?...
¡Vaya con la magnífica razón!
También mi corazón es viejo y duro,
y ya sabrás, Clarita, que... más, no:
dejemos, niña, este secreto mío
para otra ocasión.



LAS ROSAS DE MI ROSAL

Para doña Aurelia del Castillo.

Yo tengo un rosal florido
en el patio de mi hogar,
y todo el que pasa envidia
las flores de mi rosal.

¡Hay dolor en cada rosa!
Diríase que un puñal
rasgó artero mil entrañas,
y el sol las hace sangrar.

Y se diría: son lágrimas
su rocío matinal.
¡Quién sabe todo ello oculte
misterios que he de callar!...

Su color y extraño aroma
causan impresión igual:
y quien ese aroma aspira
ya no lo puede olvidar.

Mis rosas pidióme un día
la hija más bella del Czar
para tejerle a su padre
una corona triunfal.

—Perdón, Alteza, mis flores
no sirven para adornar,
de un pueblo que aspira a libre,
el ancho y férreo dogal.

También mis rosas quería
ver en su mesa y su altar,
sibarita y elegante,
un ilustre cardenal.

—Su Eminencia disimule,
que no cuido mi rosal
para orgía de su mesa
ni ornamento de su altar...

En triste llanto inundada,
presa de vivo pesar,
a mis puertas llega ahora
una niña angelical.

—Dame dos rosas, —me dice,
¡solo dos! para aromar
la humilde fosa en que duerme
mi amado el sueño eternal.

Sin decir una palabra
—mientras corría a la par
de sus lágrimas mi llanto—
despojé todo el rosal.

Y en tanto que ella volaba
su roja ofrenda a llevar,
mil rosas blancas de súbito
coronaron mi rosal.



DE SOBREMESA

Para Concha Margarita Valdivia.

Al verte claman todos:

—¡Qué bonita
es Concha Margarita!
Yo digo: —Sí, señor;
y muy principalmente
ahora que su mano inteligente
nos brinda una taza de café excelente
cual si fuera una ardiente y rara flor.

Mas... algo como diáfano vapor
impregna el aire. Plácido sopor
a mi sentido impónele su ley.
¿Será el *Tokey*? ¿Tendrá aquel *Tokey*,
bohemio astuto, el alma de un traidor?
¿O el champagne talvez,
paje insinuante de su Alteza Amor,
con gorgueras de tul como un Virrey?
O bien aquel Jerez,
arcaico gran señor
de pálido color,

que en mi trato íntimo más de una vez
haciéndome apurar hasta la hez
la magia de su *sprit* embrujador;
y ¡oh, portento de una edad senil!
en mi sangre infiltró con su vejez
un torrente de savia juvenil.

Los ojos cierro mientras el murmullo
que acuña un medallón con tu figura,
esmalta de alabanzas tu finura
y acaricia mi sien como un arrullo.

Oídeles:

— ¡Qué alegría, qué frescura,
esparce por doquiera su hermosura!
Por ella en la mañana el avecilla
entona ufana su canción sencilla,
duérmese el mar. Irradia la espesura,
copia el lis de su frente la blancura,
la rosa el arrebol de su mejilla.

Y si levanta al cielo la mirada
en una noche espléndida de Abril,
¿qué es, ante ella, la bóveda azulada
de estrellas mil poblada
sino un espejo que se rompe en mil?...

(No es posible dormir; el murmurio
se va tornando en el fragor de un río).

Otro clama: —Si emerge su beldad
bajo la gloria de un salón en fiesta,
ella es Diana gentil que el dardo asesta
sin poner intención ni voluntad.

(Sacudiendo el letargo de la siesta
tôcome el pecho y digo: —Sí, es verdad).

Habla ahora un poeta medioeval:
—A veces un sutil desdén irisa
el húmedo carmín de su sonrisa,
y en su boca que entonces es rosal
florecen epigrama y madrigal;
su mano...

Yo interrumpo: —Mas... ¿por qué
no nos brinda su mano el *pus-café*?



DISPUTA

De Uhland

ELLA — ¿Por qué así me miras ávido
donde quiera que me ves?
Ten cuidado con tus ojos
no los vayas a perder.

ÉL — Porque a verme te volviste
sabes tú que te miré;
cuida de tu lindo cuello
que se te puede torcer.



⊙BLACIÓÑ

Para Blanca Dilia Nasica.

Pensamiento gentil que oscuro duermes
en las calladas cuerdas del laúd,
es ya la aurora; tiende, ¡oh! pensamiento.
Tus vibrantes estrofas a la luz.

Y posa en esta página tu vuelo
con un pausado y rítmico desliz,
para vivir la vida de las joyas,
el perfume y la música sutil.

Cuando aquella a quien vas fije en tus versos
su mirada de ardiente irradiación,
¿qué gema brillará como tus rimas
ebrias de luz en tan fulgente sol?

Y si una vez la dulce gloria alcanzas
de pasar por sus labios de coral,
¿qué cítara tendrá tus vibraciones?,
¿tu perfume, qué flor podrá exhalar?

¡Oh! Pensamiento que hasta ayer dormías
en las calladas cuerdas del laúd,
quédate aquí, sobre este blando nido
del perfume, del ritmo y de la luz.



EL MENSAJE

De Enrique Heine

Arriba, paje mío, ensilla y monta
mi más noble corcel;
corre, traspasa bosque y llano, y llega
al castillo del Rey.

En la cuadra detente, y allí espera
te hablé escudero fiel;
de las hijas del Rey, la que se casa
pregúntale cuál es.

Si dice: «la morena», tal noticia
vuela raudo a traer.
Si «la rubia»... ¡ay! entonces tanto apuro
no pongas en volver.

Mas, cómprale, de paso, al cordelero,
un cáñamo... Después,
sin darte prisa y sin decir palabra,
tráeme ese cordel.



JARDÍN DE PRIMAVERA

Para Leonora Grullón.

Tu blanca juventud cuida, Leonora,
como se cuida un lírico jardín:
todo el sol de la vida está en la aurora,
el dulce ensueño es una flor de Abril.

Y conserva cerrada tu ventana
contra la fría escarcha del saber,
ser rica en experiencia es ser anciana,
aunque se tenga límpida la tez.

Mas, cuando llegue a tu balcón florido
el pájaro radiante del Amor,
tus puertas abre y con fervor un nido
fabrícale en tu ardiente corazón.



SU IMAGEN

Para L. A. Hungría Lovelace.

Las diamantinas puertas de los cielos
de par en par se abrieron para mí,
que si bien por su amor pequé sin tasa,
más por su amor sufrí.

Y al ver, clavado aún hasta la entraña,
el florido puñal de su traición,
el arcángel Gabriel quiso arrancármelo
y llevarme al Señor.

Mas ¡ay! también su imagen de la entraña
arrancarme debía... ¡y me negué!
—Para mí el cielo, entonces, qué sería,
¡oh, arcángel san Gabriel!



LOS TRES FANTASMAS

Para L. Armando Abreu.

La media noche vibra
sus doce campanadas,
y en mi alcoba penetran
tres callados fantasmas.

Posa el uno en mi frente
sus dos manos heladas,
y mis locos ensueños
del cerebro me arranca.

Cruza el otro mis brazos
sobre el pecho en batalla,
y la lucha incesante
de pasiones aplaca.

Mis pies suavemente
junta el tercer fantasma
y en las ropas del lecho
mis miembros amortaja.

Dulce piedad y sombra
imperan en la estancia,
y un fuerte olor de cirio
el ambiente embalsama.

¡Qué olvido tan profundo
de las cosas humanas!
¡Qué descanso en el cuerpo!
¡Qué quietud en el alma!...

Mas, en la alcoba, súbito,
entra un rayo del alba,
y a lo lejos repican
alegres las campanas.

Míranse con sorpresa
las tres sombras calladas,
y en actitud medrosa
mi lecho desamparan.

¿Por qué con tanta prisa
abandonáis la estancia,
¡Oh, mis fieles amigos!
¡Oh, pálidos fantasmas!

¿Y otra vez dejáis libre,
en su hórrida batalla,
el espantoso bosque
de fieras que es mi alma?



LA FLAUTA DE PAN

*Para Elpidia Gautier
Encantadora intérprete de mis versos.*



ESQUIVA

Para E. Gómez Carrillo.

Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta,
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.



PLENILUNIO

Para Américo Lugo.

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el rui señor.

Y la dije... No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...
En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el rui señor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?...
Guarda ¡oh luna! el secreto de mi alma.
¡Cállalo, rui señor!



PERFUME

Para María Planas.

Sus blasones nada importan,
que en ella la aristocracia
más que en viejos pergaminos
de su corpiño exhala.

Y si un leve olor de pétalos
su fresca risa derrama,
más que sus labios de rosa
lo producen sus miradas.



TERINA

Para Gabriela Mistral.

Fue en sueños que una vez sus níveos brazos
enlazaron mi cuello,
y que en mi boca su rosada boca
dejó el más dulce beso.

¡Ay! Fue un beso no más y un solo abrazo,
y todo un breve sueño;
sueño que tuve cuando ella era núbil,
y yo bravo mancebo.

Después, mil y mil bellas me besaron;
mas, palpitante y fresco
y único, en mis labios solo vive
aquel soñado beso.



Y UNA VOZ DIRÁ TU NOMBRE

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra;
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada;
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.

Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara
que solo tú pudieras entenderla,
y solo tú lograras escucharla.

Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
¡qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán: —¿Qué tienes?
¿Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez: —¡No tengo nada!



Σ ÁNDALO

Para Domingo Moreno Jimenes.

Es su espíritu lámpara encendida
en el callado altar del sacrificio,
y son dos piedras de ese altar propicio
el duro seno en que su fe se anida.

Ni una vez su pupila enlutecida
el vértigo sintió del precipicio,
ni pudo despertarle un solo indicio
el pecado al rozarla por la vida.

Si pesada es su cruz nadie lo advierte,
de tal modo es alígera su planta,
y, como alondra, cuando sufre canta.

Breve como una flor será su suerte...
Y al morir, un suave olor de santa
perfumará los labios de la muerte.



TRAS SUS HUELLAS

Para Margarita y Julia Amelia.

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla;
su cariño a las flores, su dulzura
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín: y aroma de su carne
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:
—Por vida de tus flores, jardinero,
dime, si ella está aquí, ¿dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras;
mas, doquiera posó su breve planta,
el cardo agudo se volvió una rosa,
límpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño
Conducía a pacer en la sabana:
—Por tu más inocente corderillo,
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Solo un instante iluminó mi choza
la dulce luz que su presencia irradia;
mi colmena se fue tras su sonrisa,
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio
encontré un grave asceta en la montaña:
—Dime, santo varón, ¿sobre tu libro
no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,
como un perfume su divina gracia
derramó en mi cabeza pecadora,
y se esfumó en la nube que pasaba.



PLÁTICA DE ESTRELLAS

Para J. Joaquín Rivera.

Soñaba anoche que sus negros ojos
con su expresión más tierna me besaban,
y que al influjo de su beso alado
renacían mis muertas esperanzas.

Desperté, y por la abierta celosía
tendí al azul del cielo la mirada,
y vi, frente a mi lecho, dos estrellas
que de mi amor y su crueldad hablaban.



IMPACIENCIA

Para Francisco Prats Ramírez.

En la pared de mi angustiosa alcoba
fulguraba, a la par,
el fiel retrato de la amada muerta
y un acero que el Tajo vio templar.

Encima de su vida, aquella puso
su pasión por mí... Mas,
su amor por una Patria sin manchilla
fue su amor sin igual.

Y es el acero la fulgente espada
que un héroe nacional
esgrimió en Santomé... ¡Pensad si ahora
no ha de ser de vergüenza su pesar!

Y así, de noche, en la sombría alcoba
pregúntanme al entrar:
—¿Cuándo?... los ojos tiernos de la amada;
y el filo ansioso del acero: —¿Ya?



FABIO FIALLO

Por Rubén Darío

En mis artículos sobre letras de *Hispano América*, me he ocupado en varias ocasiones en la producción dominicana. La isla preferida por Colón ha sido fecunda en talentos. Tiene brillo y vitalidad por su sol del cielo tropical y por su sol interior. Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa. Actualmente, desde el egregio don Federico Henríquez y Carvajal, el amigo de Martí, que recibiera la última carta del Héroe, hasta los más recientes benjamines, la literatura dominicana está dignamente representada en el acervo castellano. La Argentina conoce al valiente y atildado Américo Lugo. Ya he hablado en *La Nación* de otros meritorios. Hoy me complazco en tratar de uno de los más exquisitos, finos y nobles espíritus que decoran la riqueza mental y moral del ramillete de islas de las Antillas: Fabio Fiallo.

Conocí el valor de Fabio Fiallo por una página casi poemática en que ese refería a uno de sus libros. Uno de los primeros escritores de Hispano América, el admirable venezolano Díaz Rodríguez. Concluía aquella página sutil

y delicada, que hubiera querido reproducir toda: «El poeta continúa bajando con la aurora, de lo alto de la colina que está en la parte de Oriente en la hostil región de los 'ismos'». Canta, y sus canciones breves parten hacia el éter sedientas de azur, como abejas de oro. Aún cuando hablan de dolor, cuelgan estalactitas de miel en las asperezas de la ruta. De las canciones, apenas oyen los «ismos» un rumor apagado que despierta en ellos, como un eco, blasfemias y envidias. Luego se oyen distintamente algunas palabras. Luego, versos y estrofas. Por último, el Poeta llega y dice con suma sencillez: «Cantaba el Ruiseñor»: y la turba enmudece.

Fabio Fiallo, en efecto, ha sido de esos poetas. Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El «deus» para él no tiene que ver con escuelas ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra, sin que exista la parentela zorrillezca. En sus versos como en sus cuentos es siempre un puro, un fino, un noble poeta. Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. Ni en sus prosas ni en sus estrofas deja de ser sencillamente pulcro y sentimentalmente elegante. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón.

Personalmente es una figura interesante. Es un caballero, un hidalgo arcaico, que voluntariamente y por gracia de su temperamento, quiere ignorar las bajezas y miserias de la vida contemporánea. Su fondo de gentil hombre está intacto e impoluto, y su dignidad y bondad ingénitas dominan los más crespos y peligrosos caracteres. En cuanto al amor y la galantería, es un apasionado antiguo.

Cree firmemente en el patriotismo, en la amistad, en la generosidad. Ante el hecho de un mal hombre se asombra más que se

irrita. Su intachable consecuencia es probada y conocida en política, en relaciones sociales, en simpatías intelectuales. No es el sereno y frío *gentleman*, antes bien el cordial y abierto y fraterno latino, o mejor, el criollo sensitivo y sincero, con mucho de la dignidad gentilicia, herencia de los abuelos españoles.

¿Y el poeta?

Vais a ver algo de él.

Allá en la imperial New York... de hierro, junto a los edificios babélicos y las oficinas de negocios, por Broadway o por Wall Street, adonde le llevaron sus funciones diplomáticas, Fabio y yo, entre el horror de la ciudad comercial, hablábamos de arte, de belleza, de poesía, viendo poesía, belleza y arte aún en el trabajo y tráfigos de aquellos cíclopes. Y luego en mi cuarto del Astor, o en nuestras sobremesas del Delmónico o en el Restaurante Martín, oía yo recitar a mi amigo, a mi buen amigo, sus versos de patria o de amor, de amor sobre todo, pues, «a pesar del tiempo terco» guarda un frescor de ilusiones y una sana virtud de emoción que es hoy raro encontrar aún en los más petulantes efebos que se atreven, con todo y sus prematuras fatigas y pesimismos, a madrigalizar. Y al oírle, yo pensaba no en nuestros maestros del simbolismo, en nuestros «*mauvais maitres*», Verlaine y demás, harto perseguidos por los nuevos; sino en los Becker y los Heine de antaño, dolorosos y amargados cisnes muertos de pena amorosa:

Deslumbradora de hermosura y gracia
 en el atrio del templo apareció,
 y todos a su paso se inclinaron,
 menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
Volaron los elogios en redor:
Un homenaje le rindieron todos,
 menos yo.
Y tranquilo después, indiferente.
A su morada cada cual volvió.
E indiferentes viven y tranquilos
 ¡Ay, todos, menos yo!

Canta al amor que llega: hace que la naturaleza misma se unifique con la hermosura de la mujer amada. Tiene ternuras y congojas inusadas, que parecen notas arrancadas al arpa que se veía en el ángulo oscuro del salón o a los laúdes inmemoriales. Así se adoraba antes: así ama todavía el lírico que conserva granos de los pretéritos inciensos, de las pasadas mirras —las en forma de lágrimas— y que los quema fervoroso siempre junto al altar del ídolo, del femenino eterno.

Y he ahí el melodioso pájaro de la noche y de la luna que da nombre al libro que acabo de leer y que inspirará la prosa musical de Díaz Rodríguez. Fiallo canta un plenilunio, al recordar los versos de una dulce musa cubana, Dulce María Borrero:

«Fue un suave rozar de labios
sobre sedosos cabellos»

Y dice el poeta:

Por la verde alameda, silenciosos,
 íbamos ella y yo;
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.
Y la dije... no sé lo que la dijo
 mi temblorosa voz...

En el éter detúvose la luna,
 interrumpió su canto el ruiseñor,
 y la amada gentil, turbada y muda,
 al cielo interrogó.
 ¿Sabéis de esas preguntas misteriosas
 que una respuesta son?
 Guarda ¡oh luna! el secreto de mi alma,
 ¡cállalo, ruiseñor!

Ello tiene una rara reminiscencia germánica, un eco de *lied* que aún pasado por Sevilla guarda su melancolía original. Mas la inspiración inmediata ha sido calentada por un fuego del trópico. De tal guisa en las poesías *Astronomía*, *Rosas y Lirios* y otras. Mas, la descendencia castiza se advierte de pronto, brota en sonoridades tradicionales como en estas estrofas tan ortodoxas en que apenas disuena tal o cual epíteto de modernidad:

La blanca niña que adoro
 lleva al templo su oración,
 y, como un piano sonoro,
 suena el piso bajo el oro
 de su empinado tacón.
 Sugestiva y elegante
 toca apenas con su guante
 el agua de bautizar,
 y queda el agua fragante,
 con fragancia de azahar.
 Luego, ante el ara se inclina,
 donde un Cristo de marfil
 que el fondo obscuro ilumina,
 muestra la gracia divina
 de su divino perfil.
 Mirándola así, de hinojos,

siento invencibles antojos
de interrumpir su oración
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

Hay en el fondo y aún en la expresión de todas las poesías de Fabio Fiallo, como en los homenajes amorosos de ciertos caballeros legendarios, una gran castidad: no la castidad cerebral poeana, sino una como religiosa y cordial. Él piensa en veces en «las leyendas de viejos castillos»,

con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella,
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas...

A través de varios cortos poemas se transparenta una historia sentimental, cierta, vivida y sufrida. Se entrevén odios, recelos, enemigos, horas solitarias de padecimientos. Asuntos de terribles políticas, llevan a la prisión a ese amable y sensible rimador de eróticas querellas, y desde su celda ha de seguir cantando a las damas hermosas:

Princesitas del mágico ensueño,
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas,
cada día bajais al Ozama...

¿Hay varias pasiones, varias amadas? Es posible, tratándose sobre todo de un poeta. Pero una sobre todas, aparece flagrante

y ardiente en la parte del volumen que se titula *Tristezas de un amanecer*. Allí se habla de un nombre que nunca se dice en alta voz, de una dulce victimaria, de «la amada querida y eterna, la novia del alma», de una saeta mortal, de una noche de fiesta en que estallan los más candentes celos, de una faz tan pálida, «que entre los muertos mismos honda impresión causara» «de cierta alegría impúdica», de una mujer fatal y engañosa, mujer, de una mujer en fin cuyo recuerdo emponzoña la memoria del que la recuerda...

La parte que se llama *Flores del sendero* es de elegancias y declaraciones galantes. Allí se demuestran naturales y claras simpatías. Traduce a Musset, se expresa madrigalizador y romántico. Y en lo último del libro un final autumnal, una blanda y resignada tristeza, todo siempre bajo el vuelo de la armonía.

Pocas veces he escrito sobre un poeta con tanto placer como ahora. Yo amo las almas de perla y los tratos de seda.

París 1911



BIOGRAFÍA DE FABIO FIALLO



Fabio Fiallo, poeta y narrador, sobresalió en el siglo XIX y es recordado como uno de los principales líricos de la literatura nacional, fino cultor de la poesía amorosa y erótica.

Nació, en Santo Domingo, el 3 de febrero de 1866, y falleció en La Habana, Cuba, el 28 de agosto de 1942. Desde 1977 sus restos descansan en la República Dominicana.

Era hijo de Ramón Enrique Rodríguez Fiallo, político, y de Ana María Cabral Figueredo. Estuvo casado en dos oportunidades. Primero, se unió a Prudencia Lluberes Contreras, y procrearon a Prudencia Atala, León Octavio y Rafael. Tras enviudar, contrajo nupcias con María Bonetti Ernest, con quien concibió a Margarita, Fabio y Julia Amelia.

Fiallo también fue muy conocido como político y funcionario del Estado. Se destacó por su oposición a la intervención norteamericana del 1916 al 1924, por lo cual fue encarcelado.

Antes había sido apresado, en 1900, junto a Arturo Pellerano Alfau, director del *Listín Diario*, durante la ola represiva contra la prensa del Gobierno liberal de Juan Isidro Jimenes.

En su juventud, después de ingresar a la Facultad de Derecho en el Instituto Profesional, Fiallo abandonó sus estudios para dedicarse a la política y la poesía.

En el Estado, laboró como procurador fiscal del Tribunal de Primera Instancia de Santo Domingo, subsecretario de Interior y Policía, comisionado especial del Gobierno en Azua, Samaná y Barahona, cónsul en La Habana, en New York y en Hamburgo (1910), gobernador de Santo Domingo y miembro de la Comisión de Pensiones.

Igualmente, laboró como periodista, y fue fundador de los periódicos *El Hogar*, *La Bandera Libre*, *La Campaña* y *Las Noticias*. Además, era colaborador del *Listín Diario* y *El Lápiz*.

Fiallo fue miembro de la Asociación Nacional de la Prensa, dirigida en 1916 por Arturo J. Pellerano Alfau. A esta organización pertenecieron también Américo Lugo, Conrado Sánchez, Juan Durán, Manuel A. Machado y Félix Evaristo Mejía, entre otros destacados intelectuales. A través de la agrupación se realizaron las primeras denuncias a la comunidad internacional contra la ocupación de Estados Unidos en la República Dominicana.

Fiallo posee una amplia bibliografía en la que figuran las obras *Primavera sentimental*, *Cuentos frágiles*, *Cantaba el ruiseñor*, *Canciones de la tarde*, *Plan de acción y liberación del pueblo dominicano*, *La cita*, *Canto a la bandera*, *La canción de una vida*, *Las manzanas de Mefisto*, *El balcón de psiquis*, *Poemas de la niña que está en el cielo*, *Sus mejores versos*, *En el atrio* y *Cazador furtivo*.

Canciones de la tarde, de Fabio Fiallo, de la colección
«Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación
Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres
gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.



COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina
Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro
Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones
Sócrates Nolasco

El montero
Pedro Francisco Bonó

Enriquillo
Manuel de Jesús Galván

Guanuma
Federico García Godoy

La fantasma de Higüey
Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre
Tulio Manuel Cestero

Over
Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó
Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo
José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano
Américo Lugo

Feminismo
Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio
Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista
Abigail Mejía

Imágenes del dominicano
Manuel Rueda

Invitación a la lectura
Camila Henríquez Ureña

**La República Dominicana,
una ficción**
Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América
Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves
Federico García Godoy

**Seis ensayos en busca
de nuestra expresión**
Pedro Henríquez Ureña



Otros títulos de esta Serie III:

Alma adentro

Carmen Natalia Martínez

Ascuas vivas

Delia Weber

Clima de eternidad

y otros poemarios

Franklin Mieses Burgos

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Eva en extremaunción

Melba Marrero de Munné

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Poesías

Salomé Ureña

Una mujer está sola

y otras poesías

Aída Cartagena Portalatín



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do

 @isfodosurdo



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-40-7



9 789945 639407